Después del voto, hay que asumir la tarea de la reparación nacional

TRIBUNA ABIERTA ▶▶ Raúl Alfonsín
EX PRESIDENTE DE LA NACION

Los problemas más graves que tiene nuestro país no son económicos sino políticos. Para enfrentarlos harán falta acuerdos amplios entre partidos y fuerzas sociales.

Más que los temas económicos, tengo la certeza de que problemas de carácter político conspiran contra el objetivo de la reparación nacional.

Las preguntas surgen espontáneamente: ¿Es posible mantener en alto un espíritu cívico, entendido como sentido de pertenencia, cuando la convivencia se ve alterada cotidianamente? ¿Cuándo la identificación de ciertos individuos con la Nación se degrada al extremo de **desdibujar el vínculo que necesariamente debe unir al ciudadano con su país**, con su lugar de origen, con su patria?

¿No advertimos que se ha convertido al mundo en un mercado y a muchas naciones en acreedoras vitalicias de dinero que fluye desde arcas exhaustas hacia un destino que nada tiene que ver con el crecimiento, con el bienestar humano, con la solidaridad ni, naturalmente, con la libertad, palabra, esta última, que desaparece progresivamente?

¿Nos negamos a admitir que la palabra "equidad" ahora es subversiva, inquieta a los mercados, pone nerviosos a los centros de poder económico, hace temblar a la Bolsa? ¿Qué sentido tiene la libertad para aquellos que están acosados por la marginación, que han perdido su condición de ciudadanos con derecho a la educación, la salud y la vivienda?

¿No comprendemos que un poder hegemónico, lanzado al imperialismo más definido, atentará cada vez más contra nuestra capacidad nacional? ¿No nos aterra el conocer que luego de la invasión a Irak **se ha iniciado una guerra sin tiempo y sin mínimos códigos humanitarios** que puede tener consecuencias catastróficas?

¿No nos sentimos cada vez menos independientes frente a una globalización insolidaria, que ve al mundo como un mercado en vez de un territorio ocupado por seres humanos con necesidades, con ambiciones legítimas, razonables, que son empujados a la marginación?

Estoy convencido, y lo vengo diciendo desde hace muchos años, de que la única solución es recuperar una cultura basada en la solidaridad, en el respeto a la dignidad humana; en la actividad política realizada con un profundo sentido ético; **en el rechazo a los privilegios que ofenden el espíritu democrático**; en el repudio a la discriminación; en el aliento a la participación ciudadana, base del derecho de inclusión; en la defensa de la identidad nacional que rechaza cualquier alineamiento automático; en el repudio a la violencia organizada; y, por supuesto, en la construcción de consensos superadores de antinomias, sectarismos y dobles discursos.

En nuestro país se ha logrado casi un milagro que se advierte en todo el mundo, **como recientemente lo hizo explícitamente el Presidente de Brasil al agradecer a su par argentino que haya logrado superar esta etapa de grave emergencia sin perder las instituciones**. Se advierte en todo el mundo, menos en nuestro país, y mucho menos se advierte que en la superación de obstáculos que parecían insalvables **haya tenido bastante que ver el radicalismo** –sin evitar sus críticas– en su invariable decisión de preservar el orden institucional.

Hoy nos debe convocar el proyecto de **recuperar una concepción de la acción política** que esté fundada en el diálogo, en la discusión, en el aporte libre de ideas para alcanzar el bienestar común.

Hemos visto las dificultades que tienen las fuerzas políticas y sociales para enfrentar al poder especulativo. No alcanza un partido, ni dos ni tres, para discutir de igual a igual qué modelo de país queremos. ¿Es un sueño imposible imaginar un gran acuerdo cívico **en el que participen todas las fuerzas sociales con sentido nacional**: partidos políticos, entidades empresariales, sindicatos, entidades religiosas, cooperativas, mutuales, organizaciones no gubernamentales?

¿No cumpliríamos un anhelo de toda la sociedad si los partidos políticos con vocación nacional pospusieran los intereses partidarios para volcar todos los esfuerzos en **una única empresa nacional unidos por una estrategia común**, respaldando las instituciones, sin desmedro de las distintas identidades pero poniendo todos el esfuerzo por reconstruir la Argentina y volver a tener una patria de la que todos estemos orgullosos?

Queremos una sociedad con valores compartidos, movilidad social, expectativas, proyectos. La extensión y profundización de la ciudadanía y la participación democrática creciente, **reforzada por políticas de Estado que prioricen la educación y la salud pública**. Una sociedad en la cual sea posible compartir valores en la diferencia. Una sociedad plural y en movimiento, donde las expectativas sean posibles de pensar justamente porque sean realizables, donde todos sus miembros puedan tener proyectos de vida.

Debemos luchar por una sociedad que no esté rota por desigualdades profundas e irreversibles

Una sociedad que no esté rota por desigualdades profundas e irreversibles, en la que nadie perciba que no hay norma o ley garantizada, que no puede confiar en ninguna institución porque cualquiera puede ser disuelta, cerrada o manipulada a voluntad del más fuerte.

En la que, frente al fracaso y al estancamiento, podamos proponernos **el camino de la modernización sin sacrificar los valores permanentes de la ética**. En la que nadie dude de que la democracia exige "moral interna de derecho", que requiere generalidad, publicidad, transparencia y congruencia entre la acción oficial y los contenidos de las reglas.

En épocas de crisis adquieren más fuerza las voces que responsabilizan a la política y a los partidos políticos de todos los males económicos, culturales, fiscales, financieros y políticos que vive nuestra sociedad. **Yo les pregunto**: de todos los actores sociales que intervienen en el proceso de decisiones de un país, ¿quiénes son los que dependen de la opinión y elección de la ciudadanía para poder formular propuestas y llevarlas adelante?

Todos hacen política, sin excepción, pero sólo los partidos políticos lo explicitan de la manera más clara posible –cuando no hay desviaciones mediáticas– para que la ciudadanía pueda elegir libremente y retirar su apoyo cuando lo crea conveniente.

Que se alcen otras voces

Es necesario legitimar democráticamente la política, evitando sistemas prebendarios, clientelismos banales y sin ética. Debe estimular a la acción, no a la inacción y al escepticismo. No debe ser un juego de suma cero, **donde los partidos vean en el fracaso de cualquier gobierno democrático la posibilidad de acceder al poder**, sino servir para ganar en autonomía, para enfrentarnos a nuestros problemas y tratar de resolverlos entre todos a través de las oportunidades que nos brinda su actividad correctamente orientada.

Esto no quiere decir que la creciente diversidad no incremente el disenso, realidad que, sin embargo, no obstaculiza la presencia de **consensos sustanciales e indispensables** para superar antagonismos irreductibles y afianzar solidaridades en busca del bien común.

Debemos ocuparnos y preocuparnos por recuperar valores compartidos, la confianza mutua entre los que habitamos el mismo suelo. Debemos preocuparnos para que nuestros niños y jóvenes, nuestros hombres y mujeres puedan recuperar proyectos de vida en común.

Mal nos irá si creemos que podremos hacerlo sin hacer política. La harán otros por nosotros y no tendremos oportunidad de intervenir en la definición de las metas y proyectos que formulen las minorías que sí hacen y seguirán haciendo política para su propio beneficio y el de unos pocos. Estoy absolutamente convencido de la necesidad de revalorizar la política, desde adentro y desde afuera. Durante años el neoliberalismo sostuvo un discurso en el que debilitaba al Estado y demonizaba a la política. Así nos fue.

Frente al discurso de la "antipolítica" es necesario que se alcen otras voces, sin temor a verse ridiculizadas, que recuerden a todos que, digan lo que digan aquellos que nos prefieren mudos y conformistas, la política permite influir sobre los hechos y la vida de cada uno y de todos nosotros.

Cuando se habla de "exceso de política", en realidad lo que se busca es **una sociedad despolitizada** que tolere que el Estado deje de cumplir con sus fines esenciales.

Porque para tomar decisiones políticas y económicas hay que tener en cuenta las necesidades de todos los sectores sociales. No sólo los que más tienen, los "ganadores" de una larga década, sino también y principalmente **los que se quedaron sin trabajo** porque cerraron las fábricas, los que vieron deteriorarse sus ingresos y precarizarse sus vidas, como lo testimonian vastos sectores de la clase media.

La política no es un traje que nos ponemos o sacamos a gusto, **según las modas o circunstancias electorales**. Es una actividad que no nos abandona, aún en la desconfianza y el escepticismo, que son absolutamente funcionales a los falsos apolíticos neoliberales. Si les ganamos la batalla cultural, la Argentina marchará con más fuerza aún que otros países, hacia la paz, la justicia social y el desarrollo.

Pero para que exista la política debe existir el Estado, para lo cual se requieren dos condiciones básicas: **la autodeterminación en el orden internacional y su autonomía en el campo interno**. No es solamente una organización de gobierno: engloba también a la colectividad gobernada, porque el poder y la sociedad son indisolubles.

Bajo la consigna de "un Estado mínimo" que fue presentada como un ejemplo de eficiencia, antiburocratismo y progreso, el fundamentalismo economicista eliminó de un plumazo derechos sociales y dejó inermes a millones de personas que sólo aspiraban a vivir con dignidad. El bien común, como valor intrínseco de la democracia, **fue abatido por un dios pagano que se llama mercado autorregulado y salvaje**, que nada hace por la solución de los problemas sociales y sólo por casualidad acierta en las decisiones correctas para el desarrollo.

Es necesario legitimar democráticamente la política, evitando prebendas y clientelismos sin ética

Aquel Estado, muchas veces ineficiente, se había convertido en un Estado irresponsable. Irresponsable con los pobres, con los enfermos, con los ignorantes, con los marginados, con los ancianos y con los chicos. Había quedado a merced de poderes que le imponían sus condiciones sectoriales y que terminaron devorándolo.

Si nuestro pueblo viera ahora que los cambios que se producen no engrandecen la libertad y la dignidad, sino que fomentan la codicia e instalan la injusticia, otra vez se sacudirá en la confrontación.

Es necesario trabajar para lograr **una distribución equitativa y justa de la capacidad de influir en las decisiones públicas**, contra la que conspiran la concentración del poder especulativo, la extranjerización de la economía, la deuda externa, la distribución desigual de la educación y de la capacitación, la creciente vulnerabilidad externa y todo tipo de corrupción.

No se trata de pedir lo imposible. Se trata de exigir que se luche por resolver estos desafíos **de manera honesta, consistente y progresista**, en sintonía con los objetivos de una democracia sin menoscabo ni restricciones espurias, y de hacerlo atendiendo a una economía que necesita ordenarse y crecer para asegurar sus bases mínimas de sustentabilidad, apoyada en la armonía, la justicia y la eficiencia.